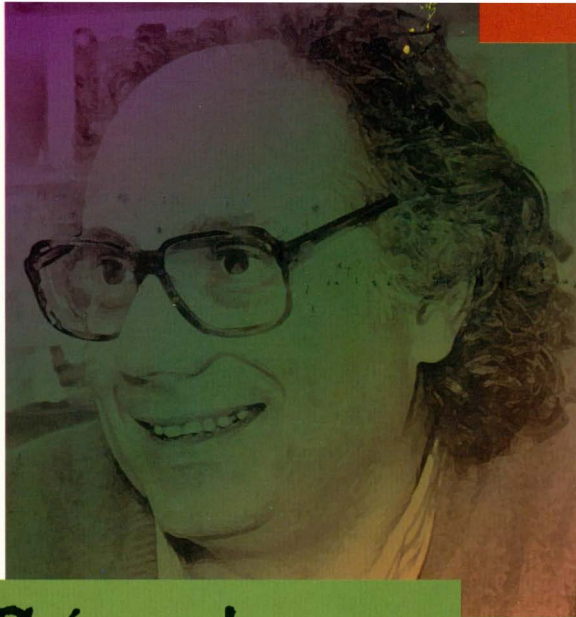




¿Cómo te puedo decir?

**Notas sobre el pensamiento
de Oscar Landi**

EDUARDO RINESI

Puñaladas
ENSAYOS DE PUNTA
COLIHUE

Literaria García Cambeiro

(TRIBUTO AL HOMBRE QUE PENSABA CON SU RISA)

Escasa de tributos, inceremoniosa con sus figuras relevantes, la cultura académica y política argentina suele dejar escapar las oportunidades más sustanciales para que la vida no sea una planicie habitada solo por las conspiraciones del presente. Pero tenemos este inusual libro de Eduardo Rinesi sobre la trayectoria intelectual de Oscar Landi, escritor y crítico cultural, no diremos olvidado —no nos toca ese plan de injuria fácil contra las inercias habituales del recuerdo—, pero sí desvanecido de la memoria argentina como si una existencia de esa importancia no dejara rastros; como si la muerte solucionara el afán de dejar de una vez, en el mismo momento de su ocurrencia, las cuentas hechas.

Eduardo Rinesi ha tomado sobre sí la tarea de volver a traer ante nosotros la vida de Oscar Landi, su figura excepcional, los temas que lo ocuparan en toda su trayectoria, su pensar sutil y las circunstancias políticas bajo las que actuara. Este libro, que es un libro sobre estéticas de la imagen y maneras de entender la cultura política bajo el influjo de los estilos lingüísticos, está compuesto sobre la base del afecto rememorativo y con una aguda reconstrucción de las discusiones de época. Las largas consideraciones que aquí se leen sobre la filosofía francesa de los años 50 y 60 son un trazado excepcional que nos pone nuevamente ante asuntos que creíamos concluidos. La larga persistencia del pensamiento sartreano y las vicisitudes intrincadas de su discusión en nuestro medio intelectual están estudiadas por Rinesi con novedosas apreciaciones en torno al papel que jugaron Viñas, Rozitchner, Carlos Correas. Las lecturas de Merleau-Ponty parecían venir como a la zaga de las de Sartre, casi con sus mismos temas, pero había diferencias que solo ahora el paso del tiempo aproxima. Tales diferencias los contemporáneos las apreciaban bien, siendo no menor la importancia que le daba el autor de *Fenomenología de la percepción* al lenguaje como un cuerpo precategórico del existir. Eran las lecturas que más habían impresionado a Oscar Landi. Según la tesis que recorre

este libro, nunca se habían saciado las ideas de Merleau-Ponty en la tarea de Landi, pues siembre había un síntoma del juego complejo entre lo visible y lo invisible que unen al joven Landi, comunista, al Landi maduro, ácido observador de la escena nacional y del papel que comenzaban a cumplir en ella los medios de comunicación.

Oscar Landi quiso pensar la comedia y la risa del mundo. Su talante personal le permitía que su vocación por las grandes armaduras conceptuales se fisuraran de tanto en tanto para que interviniera su sentido cómico de la existencia. Como militante y presidente del Cefyl –el centro de estudiantes de Filosofía; recuerdo yo mismo mi carnet de afiliación firmado por él– deja retazos de su jovial oratoria aun en los momentos de gravedad. Recordamos una de sus humoradas que cobran sentido a la luz de sus preocupaciones teóricas. En una toma de la Facultad, se estaban sacando los largos bancos de las aulas para cruzarlos sobre la avenida Independencia. Mientras, Landi ejercía su elocuencia en el patio interno. El paso de los bancos interrumpía su discurso y obligaba a los presentes a desplazarse de sus lugares. Ante ese pasaje continuo de objetos y la necesidad de dar salida a la irrupción que provocaba molestias entre los asistentes al acto, Landi hizo su broma, largó su ironía. “No pasa nada”, dijo, mientras pasaba el último banco. La palabra *pasar* tenía múltiples sentidos, llamaba a la calma y también a la agitación. Todo era así en Landi.

Autor de una teoría cultural sobre los medios, que implicaba redescubrir los legados de las viejas disciplinas retóricas, Landi había comenzado a escribir bajo los auspicios de los *Cuadernos de cultura* del PC, y se mostró un marxista de vocación realmente filosófica, más allá de la saga divulgativa que caracteriza mayormente a las publicaciones comunistas. Su primera opción había sido la de estudiar medicina, pronto abandonada por la filosofía, lo cual indica que hubo una primera virada en su biografía. Importa, porque en medicina se estudia bajo el nombre de *quiasma* el entrecruzamiento de cromosomas con aspectos no homólogos entre sí. Merleau-Ponty, en sus últimas obras, utilizó como esquema retórico el quiasma, como momento principal de la filosofía en la que se produce el entrecruzamiento entre el cuerpo y el mundo. El pasaje de Landi tenía entonces cierto sentido en las metáforas que iban desde la retórica al estudio del cuerpo humano y de este a la reflexión sobre el órgano pensante de las ciencias políticas.

Reconocemos siempre los accesos al quiasma que registran los otros pensamientos, aun los que se fijan más en el orden deductivo de los conceptos, su capacidad de inferencia y su voluntad de influir en el lenguaje general de aquello mismo que estudian. El lenguaje de las ciencias políticas, inocultablemente, desea que se hable de lo político con ciertas secuelas tomadas de ese mismo lenguaje. No así en Landi, pues en algún momento de su derrotero reconoció la fuerza ensimismada del lenguaje, su autorreferencia cómica que abre la mente al pensamiento

abismal, todo ello quizás debido a la influencia de Bajtin, cuyos textos Landi había frecuentado. Lo que con palabra extraña llamamos aquí quiasmático era habitual en las conversaciones de Landi; marca efectiva de su vocación analítica. En oportunidad de una elección interna entre dos candidatos muy polarmente enfrentados del mismo partido político, se le escuchó decir a Landi: ahora el candidato derrotado va a tomar ciertos rasgos discursivos del candidato triunfante, y viceversa. Asombrosa comprobación, que le daba a la reflexión de Oscar un dramatismo en el cual lo político era ese desplazamiento permanente a lo largo de ciertos significantes. Ese deslizarse del sujeto entre posiciones que formaban un cuadro de entrecruzamientos permanentes, que el político no ponía tanto a su servicio sino que quedaba en el interior de ese armazón como un ser flotante, víctima de su propia escasez.

Derivada de esta visión, Landi había descubierto en sí mismo, y como instancia de investigación existencial de lo político, la potencialidad de la risa o de lo cómico. Oscar, efectivamente, pensaba con su risa. Una risa contagiosa, como suele decirse, porque con ella deseaba crear una fugaz comunidad de saberes concretos. En el movimiento de codear a alguien disimuladamente para llamarle la atención sobre un hecho inadecuado o excéntrico del mundo, a fin de compartir un regodeo sigiloso, está también esta fórmula del pensar de Landi. Desvía la mirada discreta hacia un fenómeno que solo se entiende ejerciendo una burla íntima, reservada, apenas compartible. De este modo escribió sus trabajos sobre el cómico Alberto Olmedo, viendo en él la manifestación de una fisura irresuelta en el mundo de los medios de comunicación, por la cual se filtraba la viscosidad de la existencia y la capacidad de poner un necesario desorden en la previsibilidad del mundo. Llegó a considerar la televisión como un órgano jocoso en el cual yacían las potencialidades reconstructivas de la trama dialógica del mundo, y al mismo tiempo el signo de su cataclismo o erosión. La idea de que el mundo de vida quedaba erosionado por la capacidad de las imágenes seriales de engullir también lo que se les opone o trata de remodelarlas, no lo dejaba desesperanzado. Había tomado ese concepto de la erosión del pulso vital colectivo, de la tradición fenomenológica que llegaba hasta Habermas —y así lo había manifestado en ocasión de la visita de este filósofo a Buenos Aires, del cual Oscar fue uno de los presentadores—, pero se permitía invocarlo para la comprensión de lo que, sin abusar de los términos, podríamos denominar el *concepto de angustia en la era de la televisión*.

Fue criticado por parecer demasiado concesivo al aparato de masticación de los medios de comunicación, a la manera de una antropofagia menos dichosa que la que habían inventado los vanguardistas de la literatura brasileña, que él conocía bien. Pero Oscar veía estos movimientos circulares de devoración de todo lo que a su vez el mundo excretaba, con la calma complacida y piadosa de un investigador de las vivencias de la conciencia trascendental, de sus oscuros aspectos anteriores al

predicado. Obligado en sus últimos tiempos a peregrinar por hospitales remotos, no se privaba de comentar esas vicisitudes con la serena ironía con la que trataba los asuntos del mundo, que para él era siempre asombroso. Para Landi era prodigioso el mundo. Hasta el último momento experimentó en su propia existencia cómo era el secreto humano que permitía vivir o adaptarse a inauditas maneras culturales. Habló con extremo cuidado y recato sobre la enfermedad contra la que luchaba y se nombró al momento de verse en esa lucha, como dijo, rodeado de afectos.

Eduardo Rinesi ha escrito una biografía intelectual, un necesario recorrido por las teorías de la cultura que atravesaron medio siglo de discusiones en nuestro medio intelectual, y una memoria imprescindible sobre la vida de un hombre que quiso entender su época. Que puso su propio jugueteo con la política y el ser comunicante propio de lo humano como objeto de estudio. Oscar no dejaba nunca de ser introspectivo cuando estudiaba lo que por comodidad o susto llamamos “las fuerzas colectivas”. No es por eso extraño que este libro de Rinesi esté planteado con una señal fundamental de escritura, en la que reside el homenaje a Landi. No es que no sea de radical importancia que haya revisado sus papeles y rastreado todas sus huellas teóricas. Pero al escribirlas, Eduardo ha dejado que sobrevolara inquietante lo que es su reconocible estilo de escritor; ese vaivén que recorre todos los ángulos de la página, que recoge lo que queda por detrás, que anuncia lo que luego va a escribir, en medio de avisos de la ruta ondulada que, al recorrerse, se va reconociendo en el transcurso de su propio efecto de escritura.

A Landi le hubieran gustado esos movimientos, como quizás podríamos decir, de cámara. De la mirada que se mira escribiéndose. Pero quizás decir esto es inútil, y este libro fundamental hace residir su fuerza en seguir el pulso vital del homenajeado cuando se ha presentado tardía la picazón de una ausencia. Es el tributo que no siempre sabemos hacer en medio del lento hundimiento de nuestras expectativas y fruiciones. Tributo que nos lleva a pensarnos a nosotros mismos como doloridos testigos que nos imponemos saber cómo reconstruir una época, casi como un deber cívico que suponemos que sea el paso necesario para poder entrever en ella los surcos de una vida. Oscar Landi comenzó con Marx y concluyó con Gorgias, estudió el carisma para pasar a considerar el *kerigma*, dos formas de la sorpresa en el mundo político. Con el primero nos dejamos atraer por lo extracotidiano, con el segundo estamos dispuestos a escuchar nuevos anuncios vitales. Con estas disposiciones inherentes al ser político hemos leído este libro que se desempeña como homenaje, a la vez que reescribe, recuerda y vuelve a poner en funcionamiento lo ya pensado antes. No tan curiosamente, así se comportan –homólogamente– las reglas más apreciables del tributo y también las del pensar especulativo.

(DOS PALABRAS PRELIMINARES)

Oscar Landi murió en Buenos Aires a comienzos de abril de 2003, hace ahora diez años exactos. Sea entonces la redondez aritmética de este aniversario pretexto suficiente para dar a conocer estas páginas que vengo garabateando casi desde entonces, con el doble propósito de rendir un homenaje a su memoria y de ofrecer una exposición, que espero que no sea indigna, de un pensamiento que cuento entre los más interesantes del vasto cuerpo de la filosofía social y política argentina del último tercio del siglo pasado. Formado en la militancia comunista y en la lectura de los textos mayores de la tradición fenomenológica francesa, Landi pensó los grandes problemas de la vida pública argentina evitando los caminos fáciles y las consignas simplificadoras. Pensó la política pensando la subjetividad y la cultura, y entendió tal vez mejor que nadie, y muy temprano, el lugar y la importancia de los medios masivos de comunicación en la trama de la vida colectiva de nuestra sociedad. Trabajé con él durante una década, que fue una década difícil en la historia de este país y de la universidad pública de este país. Cuando murió, su hijo Martín puso a mi disposición, con una generosidad que le agradezco especialmente, su biblioteca y sus papeles. Este pequeño tributo que el lector tiene ahora en sus manos es en buena medida consecuencia de ese gesto y del entusiasmo con que me animó Martín desde el inicio. También de la buena disposición y de la amabilidad de la compañera de Oscar, Elena Szumiraj, Jenny, y de su hija, Malena, a quienes les estoy particularmente agradecido. Muchas gracias, también, a mis amigos Gabriel Vommaro, Julia Smola y Leonardo Eiff—cuyos trabajos se encuentran sin duda entre los más relevantes y auspiciosos que se están desarrollando hoy entre nosotros en las zonas de la filosofía, la teoría política y las ciencias sociales que en su momento recorrieron las indagaciones de Landi—, por su ayuda, sus lecturas y su consejo. Y a mi maestro Horacio González, a quien Landi estimaba y respetaba especialmente, por dar hospitalidad a este libro en esta querida colección y por la generosidad del prólogo que sigue.

E. R.

Libros para incidir.

Relámpago de ideas sobre un cuerpo, deseo de abrir fisuras en el debate argentino.



Eduardo Rinesi nos ofrece una investigación rigurosa sobre la obra teórica de Oscar Landi, surgida del cruce contemporáneo

entre la filosofía de las imágenes, la teoría política, los estudios de comunicación social y las grandes herencias de los tratados de retórica. Landi había iniciado sus estudios filosóficos, y antes de medicina, a comienzos de los años sesenta. Fue un importante dirigente estudiantil de la izquierda universitaria de la época y al mismo tiempo actuó cultivando una sensibilidad que sin abandonar los temas a los que lo obligaba su compromiso político, ya se había abierto a las novedades filosóficas —entre otras, la lectura de Merleau-Ponty—, que lo conducirían a las más profundas investigaciones existenciales y semiológicas sobre el mundo comunicacional contemporáneo, en el aspecto de constructor de signos visuales y de pensamientos que emanan de los actos prelingüísticos del cuerpo, del profundo sentido de lo cómico. Eduardo Rinesi revisa a través del itinerario intelectual de Oscar Landi los debates más importantes en la teoría de la comunicación de las últimas décadas, historiza la complejidad de todo ese periodo y realiza un homenaje a la figura de Landi en la que el emotivo testimonio amistoso convive con análisis críticos de penetrante originalidad.

ISBN 978-950-563-978-6



9 789505 639786



EDICIONES COLIHUE

www.colihue.com.ar

Librería García Cambeiro